

LOS LUNES DE EL IMPARCIAL

AÑO LVII

MADRID, 26 DE AGOSTO DE 1923

NÚM. 20.146

IMPRESIONES DE
UN CAMINANTE

LA ÚLTIMA JORNADA FLORENTINA

S en los museos los grandes nombres de la pintura alinean sus obras como en galerías de necrópolis, hay en Florencia algunos lugares que conservan todo el valor dinámico y vital de

los artistas que los decoraron. Verdaderas mansiones de supervivencia, esos monumentos se animan

con el nombre que da sonoridad de latido a sus muros. Cada nombre destinado a esa inmortalidad en sus obras palpita como un corazón. Los templos que ostentan en sus flancos el rastro de la mano excelsa que los decoró han sustituido, implícitamente, la divinidad a que fueron dedicados con la divinidad del hombre que les dió categoría eterna. Las paredes de los palacios e iglesias se nos ofrecen como ejecutoria de Florencia, como la inscripción de sus títulos de nobleza. Así el palacio Riccardi es la mansión de Benozzo Gozzoli, que puso en sus ámbitos la cabalgata de los Reyes Magos, fiesta ubérrima de la fantasía, cortejo sobreviviente de principesca suntuosidad, para mostrar a las generaciones futuras la pompa de los Médicis, divinizada por la atribución de la Epifanía. Ese desfile ostentoso es la compensación de aquella otra cabalgata que vimos en el Campo Santo de Pisa, interrumpida por el encuentro simbólico de los cuerpos putrefactos. Los frescos de Gozzoli en el Palacio Riccardi no son el Triunfo de la Muerte, como en aquella macabra fantasía pisana, que se adelantó a Durero y a Holbein. Son el Triunfo de la Vida, el desbordamiento aparatoso de la riqueza y la felicidad, vibrante en el oro de vestiduras y gualdrapas, en la opulencia de los castillos coronando las fértiles colinas, en el cabrilleo de las lanzas y la carrera de los lebreles.

Así también Santa María Novella podría llamarse hoy la Casa de Orcagna, ya que éste puso en sus muros cándidas estilizaciones dantescas del Paraíso, el Infierno y el Juicio final, colocando entre los coros angélicos la figura tradicionalmente atribuida a Dante Alighieri.

Encontramos otra vez al gran poeta, alma primitiva de Florencia, en los frescos de Andrés del Castagno, conservados en el Cenáculo de Santa Apolonia. Las figuras imaginarias de Dante, Pe-

trarca y Boccaccio nos parecen, en aquel antiguo refectorio, el triunvirato espiritual de la Ciudad, la triple advocación bajo la cual desarrolló su vida. Preside el refectorio el fresco de la Cena, consagrándolo al recuerdo de la suprema espiritualización del alimento.

En la Annunziata encontramos otra figura inolvidable de Castagno: San Jerónimo, viva imagen de la maceración y el ayuno, cuya expresión se parece extraordinariamente a la del Juan Bau-

Bartolomeo; y la *doméstica*, que empieza en Filippo Lippi y tiene su mayor desarrollo en Andrés del Sarto y en Corregio. A éste pertenece nuestro Murillo.

El dominio de su técnica produjo en Andrés del Sarto un exceso del valor realista en perjuicio de la idealidad extrahumana y sugerente. La voluptuosidad del colorido hizo resaltar la belleza de sus carnaciones. Sus alegorías valen mucho más por la verdad vital de la representación que por la atribución

Botticelli. Es una florentina, una hermosa mujer anónima, cuyo mayor encanto reside en esa innominación, como el del busto marmóreo de la Bella Desconocida. Pasó por el mundo fugazmente, sin dar su nombre a la posteridad, ni imbuirlo en la fantasía de sus futuros admiradores; pero el pincel de Sarto fijó sus rasgos con toda la fuerza de una representación individual, sin trascendencias trágicas ni aspectos de fatalidad heroica, ni sugerencias divinas.

Es como un retrato más en la galería personal de su pintor; de su pintor, que tan juvenilmente nos mira desde sus autorretratos del Pitti y de los Uffizi.

Si Rafael tuvo una naturalización florentina, yo creo que Andrés del Sarto tuvo una naturalización romana. He creído ver esa huella en la distribución de algunos de sus cuadros; así en las dos Asunciones de la Galería Pitti, en el Entierro, y sobre todo en el sentido arquitectural y teatral de alguna escena, como la Anunciación del Palacio Pitti, o las Exequias y el Beso de las Vestiduras de San Felipe Benizzi en la Annunziata.

Pero la impresión que sobrevive a través de toda la obra de Sarto, es el aire juvenil, reflejo de su existencia troncada prematuramente, un poco al modo de Rafael, como la de aquellos que los dioses aman. Impresión de juventud que se nos muestra en la desnudez infantil de Isaac (Museo del Prado y la Galería Real de Dresde), en el reflejo carmineo del torso adolescente del Bautista (Palacio Pitti); y sobre todo en la expresión inefablemente humana y familiar de la Virgen, en las Sagradas Familias casi gemelas que están en la Pinacoteca de Munich y en el Louvre.



DIBUJANTES ESPAÑOLES.—EL PÁJARO PROFETA, POR RAMÓN MANCHÓN

tista de Domenico Veneziano, en Santa Croce, verdadero habitáculo del Giotto.

Peró la Annunziata es la Casa de Andrés del Sarto, junto con el claustro del Scalzo. Sarto es el menos divino de los grandes pintores florentinos, porque es el más humano. Sus hagiografías tienden a la sentimentalidad de la vida familiar. Por el sentido litúrgico, la pintura religiosa podría distribuirse en tres categorías: la *celeste*, pura representación angélica, cuyo arquetipo es Cimabue y que se completa maravillosamente en Ghirlandaio y Botticelli; la *regia*, o de majestad de corte humana, cuya tradición va desde Fra Angélico a Fra

simbólica de lo representado. Veamos, por ejemplo, la Caridad, en el Scalzo: lo admirable, en ese fresco, es la expresión maternal; la madre, o más propiamente, una madre, descubriendo el pecho impecable y plétórico, purificado por su destinación nutritiva. ¿No produce esa misma impresión la alegoría similar que se guarda en el Louvre?

Contemplemos ahora, en la Annunziata, el Nacimiento de la Virgen. La figura central es un bello ejemplar de gracia florentina; no es la quintesencia ideal de Florencia, ni nos sentimos tentados a mirar en ella una transfiguración arquetípica de la ciudad, como en

tigados por el desfile interminable de los museos; cuando la tradición cultural de Florencia ha hecho vibrar en nuestro interior las cuerdas de una lira desconocida, el ánimo siente una avidez insaciable de Naturaleza. Desea explayarse en el jardín principesco de Florencia, acariciar su flor simbólica en el campo toscano.—Así he recorrido el jardín Boboli, a la salida del Palacio Pitti. Más que los senderos y umbrías de ese parque mediceo; más que sus fuentes mitológicas; más que la inesperada estatua del Oceano, por Juan Bolonia; más que el inevitable Neptuno, familiarmente reducido a guardián palaciego de to-

dos los jardines cortesanos, me deleitaba la visión de la propia Florencia, entre sus colinas risueñas, atravesada por la marcha serena del Arno, sobre el cual se diseñan los puentes como arcos triunfales. El Duomo y el Campanile erigían sus anhelos de gloria; y su esbeltez contrastaba con la cercana mole del Palacio, hosca y severa. Las escalinatas ascendían bajo el verdor de los bojés sabiamente estilizados, y los mármoles contrastaban con la tonalidad de las arboledas. Los cipreses, concentraciones de gracia itálica, se lanzaban al cielo como una vibración de palmas triunfales en torno a la ciudad predestinada. Las copas de los surtidores y de los jarrones se abrían bajo un cielo purísimo, como corolas anhelantes; y las lápidas que tal vez fueron aras de altar, esperaban el retorno de las antiguas ofrendas. La frondosidad se extendía más allá de nuestra vista, y juntábase con ella, a través del río, el effluvio estival de las Cascine...

El jardín de los Médicis se transfiguraba en todo su antiguo esplendor, aumentado por su propia victoria sobre el tiempo, signo de su inmortalidad. Alegoría, elegancia, riqueza... Y en una gruta artificial recargada de estalactitas, combinando arquitecturas grotescas, se retorcían los esclavos que esculpió Miguel Angel para el sepulcro de Julio II, y cuyas copias son allí guardadas como en una ergástula simbólica, entre el Palacio y el Jardín.

Gabriel ALOMAR

LA HERMANA

La veía pasar todas las tardes, desde la ventana pequeña y humilde que daba a la calle triste y angosta, por donde no cruzaban mas que entierros y en la que no se oía otra canción que la de las letanías pavorosas de los sacerdotes, tras los coches oscilantes y trágicos...

A los nueve días de morir Carolina, la silueta gentil de la hermana adolescente—espiritualizada con ese prestigio inexplicable del primer luto—atravesó como la de una imagen—alta y hermética—frente a mi ventana, y desde aquel día no faltó nunca a la hora indecisa en que la luz del sol empieza a desvanecerse en las lejanas perspectivas del horizonte y las campanas recogen en sus bronces sonoros la dispersa melancolía de la ciudad.

Fué fiel a todos los crepúsculos; tan fiel como yo mismo, allí dentro, obediente al rito cotidiano de los recuerdos de la pobre ausente, como esclavizados los dos a la voluntad poderosa de la muerta.

Ella bajaba los ojos al cruzar cerca de mí, temerosa de que yo sorprendiera en el arcano de sus pupilas negras la sombra de un último remordimiento o tal vez la expiación secreta de su culpa. Pero en las tardes de mayo, cercanas del óbito doloroso, cuando sus pisadas leves y nerviosas interrumpían el silencio infinito de la calle desierta, yo olvidaba toda idea negra y cruel de venganza para embriagarme en aquel aroma vernal y juvenil que ella arrastraba en su luto, tal vez recogido al atravesar los jardines públicos, colmados de plenitudes floridas y de perfumes sensuales. Y me quedaba mirando, inmóvil, su silueta tenue y errante con los brazos tendidos hacia su sombra pueril, en un anhelo de retenerla para siempre...

Tenía los ojos profundos y negros como dos caminos nocturnos que ahondasen hacia el corazón, y las manos largas y pálidas, como las de Carolina: manos de caricia y de ruego, manos de ofrenda y de súplica, hechas para todas

las dádivas y todas las piedades. Yo pensaba, al verla—con una inexplicable inquietud—en mis pobres cartas antiguas de amor y de ternura, que al morir la hermana mayor ella habría recogido y acariciado con sus manos temblorosas, como el bello tesoro de una herencia de amor... Y adivinaba todo el fuego sensual de aquellos ojos tristes, derramado como cálida simiente en el estéril surco de unas frases apasionadas que yo no había escrito para ella...

¡Oh! ¡Cuántas tardes yo hubiera detenido a la imagen fugitiva y la hubiese brindado el reposo cordial de mi estancia, para oír de sus labios la historia atormentadora de aquella mujer que tanto me había amado!

¡Cuántas veces ella, al declinar suavemente la luz y sentirse huérfana y

triste, desamparada como una pobre niña, bajo el túnel de sombras de la noche, habría recostado su cabecita en mi pecho, y con las pupilas entornadas, en un renunciamento doloroso y definitivo, se habría decidido a revelarme el indecible misterio de aquellas horas silenciosas, de aquellas horas en que la alta fiebre hacía brillar los ojos de la enferma y su frente pálida y conmovida como una palma, temblaba sobre la blancura immaculada del lecho, moviéndose de un lado a otro, sin ruido, como un péndulo doloroso!

Ella, la hermanita pequeña y dulce, me habría contado, en una noche fraterna, los detalles del viaje furtivo y último, y aquella soledad de la cámara fúnebre, perfumada con las rosas que sus manos arrancaran a la primavera de los

jardines luminosos. Yo podría haber sabido todo el apasionado caudal que aquejaba su corazón, inmóvil ya para siempre, guardaba como un tesoro recóndito para darme una noche sobre el tálamo de las iniciaciones. Y también ella, con la voz debilitada por la emoción pudorosa y sincera, habría descubierto su corazón pueril, lleno de plenitudes floridas donde alzaban los celos su cabecita venenosa de áspides...

Pero la dejaba pasar frente a mi ventana, contemplando su pudor ingenuo, su hermosura enlutada y diminuta; la dejaba pasar por la calle estrecha y oscura hacia los caminos de las cruces pequeñas y negras, como madres arrodilladas, y de los cipreses que elevaban al cielo su cabellera saudosa y triste, despeinada por el viento y enrojecida por el sol de los crepúsculos... Dejaba pasar a la hermana de la amada, inmóvil, sin detenerla nunca, temeroso de saber el profundo secreto de aquella muerte precoz de Carolina, que había ido languideciendo lentamente, palidecida por una fiebre extraña, consumida por ese mal desconocido y lejano que sólo ella, la hermanita pequeña y rosada, podría explicar... Dejaba cruzar a la hermana de las tardes y contenía mis impulsos por preguntarle algo que estaba siempre temblando como un deseo en mi corazón—¡agua rebotada del ánfora!—, y me quedaba triste y solo en mi ventana, convencido de que jamás ella podría revelarme el delito de su amor pueril y mudo como una devoción, ni extasiar mi melancolía con su voz enamorada, cuyo ritmo nuevo lograría enlazar la vieja historia y traer a mis labios palabras desconocidas de piedad y perdón...

Yo hubiera recogido su belleza, tan semejante ya a la de la amada, en una resurrección florida; ella habría temblado entre mis brazos lo mismo que ahora, sin temor a la rivalidad de la hermana; la besaría ahora en los ojos cerrados y suaves como dos violetas húmedas, mientras la cadena fraterna de su brazo enlazaba mi cuello en una dominación definitiva y deseada. Y la diría:

—Tu cuerpo, novio y fragante, es una prolongación del de tu hermana; dame tu boca para renovar en ella el preludio frustrado. Manen para mí las fuentes contenidas de tu emoción, y dejemos en la penumbra de los sueños los recuerdos dormidos para siempre, como niños tristes y desamparados. Ahora tus diez y siete años, decorados con la belleza frías del luto, me parecen más hermosos que la evocación de aquella pálida imagen, vencida por la fuerza de tu amor y de tu juventud. Desde hoy ya no tornarás a la ruta de los calvarios, donde el corazón pueda sentir la espina de algún remordimiento. Ella te perdona como yo, y su espíritu manda que seas tú, hermana, la heredera de todas mis ternuras y que tus manos acaricien mis sienes como las manos de una esposa...

Pero nunca le dije nada, y la veía pasar con esa inefable y confortadora piedad con que las almas que se saben adoradas contemplan a las hermanitas tristes y pequeñas que decoran la ciudad con sus lutos precoces...

Hasta que un día—después de tantos meses de sentir sus pasos tenues e indefinidos sobre las piedras de la calle angosta y solitaria, y de llorar en el interior de mi aposento, frío e inhóspito como una cámara fúnebre, el mismo dolor de la hermana—la esperé en vano, igual que a la amada imposible, tras los cristales de mi ventana humilde y pequeña. Desde la que, a la tarde siguiente, vi cruzar un cortejo, blanco como una boda, hacia las rutas desconocidas, hacia los caminos definitivos, en el éxodo inexorable que siguen al cabo todas las cosas...

MOTIVOS LÍRICOS

EL ROBLE Y YO

Bajo tus frondas, romántico roble, me siento, y, como antaño, le pido consuelo a tus frondas... Mece tu copa gigante en las ondas del viento para que vibre mi alma del viento en las ondas...

Era yo entonces un niño de aislada tristeza, siempre sumido en su interno jardín silencioso; tímido niño, ya enfermo de amar la belleza y atormentado por hondo sentir religioso.

Yo me sentaba a tu pie, de robustas raíces, y, recostado en tu ruda columna viviente, me adormecía soñando en lejanos países, en los que siempre yacía una Bella Durmiente...

Hoy llego a ti desde esos países soñados, tras caminatas sin fin, dolorido y maltrecho, y al recordar ante ti mis ensueños pasados, una divina congoja inunda mi pecho...

Todo lo mismo que entonces... La misma tristeza; los mismos golpes groseros de la realidad; siempre este ansia imposible de toda belleza, siempre a infinita distancia la felicidad...

¿Qué influjo atávico en mi corazón ha dejado esta perenne nostalgia de toda alegría, que de continuo matiza mi bien alcanzado con el aroma sutil de mi melancolía?...

¡Cuánto mejor si no hubiera salido a buscar el lenitivo de mis inquietudes internas, que no he podido con nada del mundo calmar, y ahora las siento en mi alma tan hondas y eternas!...

Tú, firme y alto, plantado en mitad del sendero, has sido solo y altivo entre todos los robles, y al ver tu porte de fuerte gigante altanero, han sacudido tu copa los vientos más nobles.

Viejo titán, que derramas desde tu grandeza (arpa sonora a los vientos tu altivo ramaje) todo el egregio tesoro de tu gran belleza sobre el sombrío dolor de este agreste paisaje.

Y que, a pesar de llenarte los hombres de heridas, siempre mecidas por una inefable emoción tienes tus ramas hacia el Infinito extendidas... Todo tú eres lo mismo que mi corazón...

En este instante en que creo vivir otra vez, al sugerírmela tú, mi ilusoria niñez, siento más hondo el dolor de marchar vagabundo, sin una finalidad, por las sendas del mundo...

Siento que, cada vez más, se me hace inllevable la comprensión desolada de lo irremediable, y, fatigado de tanto sufrir y esperar, ya para siempre quisiera del todo acabar...

Pues, a través del dolor de mi renunciamento, creo que están fuerte y trágicamente enlazados nuestros destinos, y, en mi fatalismo, presiento que hemos los dos de morir de igual modo: astillados.

Francisco de TROYA

Ernesto LOPEZ-PARRA

DE NUESTRO CONCURSO
= DE FOTOGRAFÍAS =

EL MÁS BELLO RINCÓN DE ESPAÑA



Núm. 1.—Pesquera (Ávila). Lema: PIEDRA SOBRE PIEDRA

des campesinos, los testimonios de la grandeza que fué, parecen envueltos de esta misma resignada melancolía del paisaje, de esta bravura interior, que se muestra a la contemplación de los ojos revestida de austeridad y severidad. En

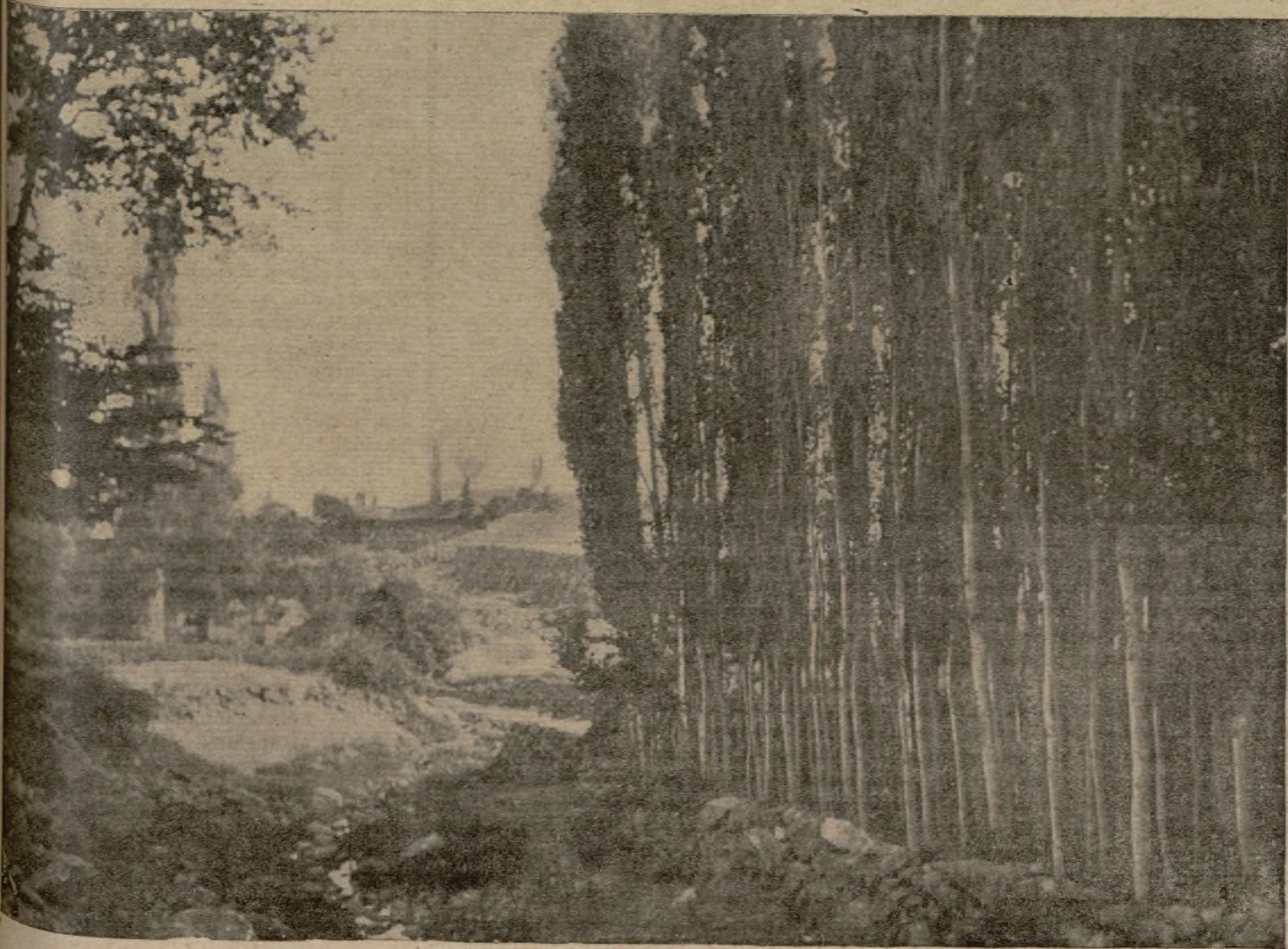
estos palacios ruinosos se conservan aún, cercados de altas tapias, los jardines que fueron recreo de damas, que asistieron atónitas a la formación de España en la corte de Isabel y siguieron luego, en peregrinación dolorosa, por los caminos polvorientos los pasos de la enloquecida doña Juana... Y estos jardines también, trazados por la mano del hombre, tienen el mismo sortilegio de uniformidad e igualdad, el mismo encanto de lo sobrio y lo austero.

Evocando esta edad pasada y admirando esta compenetración entre la tierra de Piedrahita y la raza que la puebla, advertimos que sólo aquí pudo nacer y forjarse el recio temple de su ánimo aquel Álvarez de Toledo, que puso espanto en Europa y a quien las historias llaman el gran duque de Alba.

Recorriendo estos rincones ballos que cercan a la vieja Piedrahita, imaginamos a este vástago de los duques, duques y señores de la villa, niño aún, recorriendo estos senderos, escalando estos peñascos, penetrando en estas selvas donde hoy se esconden bandos de perdices y donde antaño huían del hombre las cabras monteses y donde varias alimañas se oponían a su paso. En el crudo invierno los regatos se cristalizaban en hielo, los árboles despojábanse de todo verdor y la áspera tierra mostrábase desnuda. El cielo gris envolvía el paisaje en una honda melancolía. Aspero y hostigador tornábase todo alrededor del hombre que se ensimismaba en una intensa vida interior, creadora de energías... Y así templaba su genio el dominador de los Países Bajos...

¡Bellos rincones de Ávila, encanto hoy de turistas: qué grande espacio tenéis en los anales de la España que fué!...

Mínimo ESPAÑOL



Núm. 2.—Afueras de Piedrahita (Ávila). Lema: LUZ Y SOMBRA

Ayuntamiento de Madrid

EL CUENTO DEL LAGARTO Y EL TESORO

CUENTO PARA NIÑOS POR EL GATO CON BOTAS

Érase un hombre tan rico, tan rico, que ni él mismo sabía a cuántos millones ascendía su fortuna; pero tanto gastó, que un buen día, mejor dicho, uno malo—por lo menos, para él—, se encontró con que ya no tenía ni un céntimo.

El pobre hombre, desesperado, se sentó en su butaca y se durmió para olvidar sus penas durante unas horas.

Pero he aquí que su butaca estaba encantada. En su sueño, sin querer, nuestro hombre tocó no sé qué resorte misterioso y, ¡puff!, la butaca se levantó del suelo, salió disparada por la ventana, y cuando su dueño abrió los ojos vió con terror que volaba por encima de las nubes.

Instintivamente, nuestro hombre se agarró a los brazos de la butaca; al hacer esto, tocó no sé qué otro resorte, no menos misterioso que el primero, y, ¡puff!, la butaca empezó a descender, rápida, pero suavemente, hasta la tierra.

Con gran asombro el ex rico vió que se hallaba ante un magnífico palacio. Sin abandonar su butaca, entró en el palacio, cruzó salones deslumbrantes y llegó a una alcoba donde, tendida en un diván de seda rosa, dormía una joven lindísima, de cabello rubio y ojos azules. (El detalle de los ojos azules claro está que no se notó hasta que los abrió.)

Era tan bella, que el visitante, súbitamente enamorado, se arrodilló, la cogió una mano y le suplicó que se casara con él.

—Con mucho gusto — aceptó con voz cristalina la dama, al despertarse—; pero habrás de cumplir una condición: bastará con que cuentes a mis padres un cuento que sea de su agrado.

—¡Oh!, eso será fácil—dijo él—, pues sé muchos cuentos y muy bonitos, desde que leo todas las semanas LOS LUNES DE EL IMPARCIAL.

Entonces Lindarrosa — era el nombre de la princesa—dió tres palmadas, y en el acto acudieron un rey, con su corona; una reina, con su manto de armiño; ministros, chambelanes, pajes, damas, toda la corte.

Y, en medio de la atención general, el visitante refirió lo que sigue:

«Érase un lagarto muy bonito, con un traje verde que parecía de esmeraldas, y unos ojillos que parecían granitos de oro.

«Un día, mientras nuestro lagarto se entregaba a su ocupación favorita, que consistía en tomar el sol, descubrió algo que le llenó de alegría: era un montón de monedas de oro.

«Si el lagarto hubiera sabido que aquello era dinero se hubiera quedado tan fresco; pero creyó que era algo que para él valía mucho más: rajitas de zanahoria, que le gustaban con delirio. —¡Ya tengo provisiones para todo el invierno!—pensó, encantado—. Pero al hincar el diente en una de las monedas, se lo rompió. —¡Oh, qué duras y qué secas están!—murmuró—. Las llevaré a un sitio húmedo para que se reblandezcan—. Y cogiendo las supuestas rajitas de zanahoria, una a una, con sus patitas diminutas, las amontonó a la sombra de un árbol secular.

«Luego, cansado de tanto trabajar y en espera de que se reblandecieran, se tumbó junto a ellas y se durmió, soñando que las más dulces raíces se acercaban solitas a su boca.

«Al día siguiente pasó por allí un leñador muy pobre, muy feo y muy tonto, del que se burlaba todo el mundo. El creía que se reían de sus harapos, y que de haber tenido trajes lujosos todo el mundo le habría respetado. (A lo mejor no se equivocaba.)

«Al ver al lagarto dormido junto al tesoro, se detuvo. —¿Qué serán esas cositas amarillas?—se preguntó, rascándose la punta de la nariz—. Ya me lo dirá el lagarto cuando se despierte, pues-

tuvo. —No está bien—pensó—que un riachón, como soy yo desde ahora, cargue con tanto peso. Esperaré a que despierte ese infeliz y le ordenaré que me lleve el oro hasta mi casa.

«Y se echó también, y también se quedó dormido, soñando que se compraba un palacio y que veinte docenas de criados se apresuraban a servirle.

«Al día siguiente, mientras el leñador, el lagarto y el sastrero seguían durmiendo, acertó a pasar por aquellos lu-

to a los demás y se quedó dormido, soñando que pesaba todo el oro del mundo con la balanza de la Justicia.

«Aún transcurrieron veinticuatro horas, y entonces apareció un hombre vestido de rojo, con una mirada feroz: era un bandido terrible que se dedicaba a desvalijar y destripar a la gente.

«Sus ojos se encendieron al ver el montón de oro. —He ganado el día—pensó—al descubrir semejante riqueza. Ahora, que si lo cojo, sus guardianes desearán, y todos contra mí, a lo mejor me pueden. Lo más prudente será que espere la noche; al amparo de la oscuridad los mataré a todos y huiré con el dinero—. Y se echó y se durmió soñando que ya no existían ni cárceles, ni horcas, y que la gente se dejaba matar con gusto y aun le nombraba heredero universal.

A esto pasó un hombre de aspecto venerable, que tenía una barba de plata y una mirada dulce y serena. No sé si era un santo, o un mago, o un filósofo, o un poeta. Lo cierto es que era un hombre que lo sabía casi todo, y lo que le sabía lo adivinaba.

«Contempló aquel espectáculo extraordinario, movió la cabeza gravemente y dijo con voz triste: —He aquí un lagarto que ha descubierto un montón de monedas de oro y las ha tomado por trocitos de zanahoria. He aquí un pobre leñador, al que su ingenuidad ha impedido saber lo que es el oro y para qué sirve. He aquí un sastrero que, fiado en la debilidad de uno y en la ignorancia del otro, ha formado el proyecto de apoderarse del tesoro. He aquí a un juez que, ha resuelto abusar de la fuerza de la ley para despojar a los demás. He aquí a un ladrón que ha concebido la idea de matar a cuatro seres para quedarse con estas riquezas. Y todos ellos, sin reparar en que el oro no debe ser adquirido de un modo criminal, deshonesto o sencillamente fácil; sin reparar en que no es apreciable más que aquel oro que se gana con el trabajo; preocupados por sus proyectos estúpidos o malvados, se han dormido junto a este árbol fatal, y han muerto porque el árbol está envenenado y el que se duerme a su sombra no se despierta jamás. Después de pronunciar estas palabras el hombre de la barba blanca, se alejó sin volver la cabeza, sin echar una mirada sobre el tesoro maldito que reflejaba diabólicamente bajo los últimos rayos del sol poniente.»

Yo no sé si a vosotros os ha gustado este cuento; pero lo cierto es que tanto encantó a la princesa Lindarrosa, al rey, a la reina y a toda la corte, que la boda fué concertada en el acto.

Al joven le dió esto tal alegría, que en un movimiento de entusiasmo, apretó, sin saberlo, uno de aquellos botones misteriosos que tenía la butaca y salió disparado por la ventana y desapareció por las nubes, mientras toda la corte quedaba estupefacta y la pobre princesita veía perderse, como un puntito lejano en el espacio, a su novio de una hora, que tan pronto se enamoraba, tan bonitos cuentos refería y al que no había de volver a ver más..., ni nosotros tampoco.

EL GATO CON BOTAS

Dibujo de BARTOLOZZI.



to que los animales del campo son mis únicos amigos—. Y se echó a dormir también junto al árbol, soñando que el lagarto le regalaba aquellas cositas amarillas y que volvía al pueblo con un traje nuevo.

«Transcurrió otro día, y el lagarto y el leñador seguían durmiendo, cuando acertó a pasar por allí un sastrero que, al ver el oro, quedó estupefacto ante tesoro tal. —¡Ya es mía la fortuna!—exclamó, bailando de alegría—. Ya se han acabado para mí los trabajos y los sufrimientos.

«Sin pararse a considerar si tenía o no derecho a aquella riqueza, se dispuso a apoderarse de ella, cuando se de-

gares el juez del pueblo, con su toga, su birrete y un libro enorme en la mano. Se detuvo, estupefacto, ante el cuadro que se ofrecía a su vista y se hizo estas sesudas reflexiones: —Por lo visto, aquí alguien ha descubierto un tesoro. ¿Quién? Debe ser el lagarto; los otros dos, hartos de disputarse la posesión del tesoro, se han quedado dormidos. Cuando se despierten tornarán a pelearse y no habrá medio humano de ponerlos de acuerdo. A Dios gracias, aquí estoy yo para demostrarles, con la ley en la mano, que el dinero debe pertenecerme a mí y nada más que a mí.

«En espera de hacer esta demostración sensacional, el señor juez se echó jun-

PARA QUE NO SUFRIERA MAMÁ SABEL

NOVELA CORTA ORIGINAL DE ALBERTO INSUA

I

¿Qué dice el médico?

Don Santiago, dejándose caer en una butaca, respondió a su esposa:

—Nada... Nada concreto... Tú sabes cómo es don Joaquín. Dice que por ahora no es grave, y que, además, la juventud y la fortaleza de Rogelio... En fin, que la cosa se resolverá en pocos días.

Doña Consuelo suspiró, algo tranquilizada.

—A mamá no hay que decirle que Rogelio está enfermo — continuó don Santiago —. Se empeñaría en venir a asistirlo y ella no está ya para fatigas. Además, sufriría muchísimo. ¡Con lo que lo quiere!

Doña Isabel, madre de don Santiago Tarrio, los quería a todos en la casa, hasta a la nuera. Pero «su debilidad» era Rogelio. Dos golpes demasiado rápidos—la muerte de su hija Isabel, joven aún, y la de su esposo, acaecida un año más tarde—le habían puesto la cabeza blanca y los ojos tristes. Azules como dos turquesas, bondadosos e inteligentes, aquellos ojos no estaban exentos de autoridad. Doña Isabel era un carácter de matrona antigua, de madre-reina. Todos los suyos acataban su «matrileado». Todos la querían. Y ella encontraba fuerzas para vivir en la suave sumisión de «la tribu» y, sobre todo, en su cariño excepcional por Rogelio; excepcional porque la absorbía, dejándola casi inútil para las evocaciones dolorosas y las memorias crueles.

Desde el primer instante, aquel nieto se había apoderado de su corazón. Lo primero que dijo al soltarse la lengua fué *mamá*, y un poco más tarde, *Sabel*. Desde entonces doña Isabel se llamó para todos *mamá Sabel*. Y la que había sido con sus hijos casi intransigente, tuvo una sonrisa tolerante para cada travesura del nieto.

Afortunadamente, Rogelio no abusó. Quería demasiado a su *mamá Sabel* para hacerla sufrir. Por otra parte, sus pequeñas calaveradas de muchacho le fueron cuidadosamente escondidas. Para la abuela, Rogelio era un «santo», y un santo simpático; no uno de esos bobalicones que parecen niñas inocentes, sino un hombre en quien concurrían la rectitud y la gracia, la inteligencia y la bondad. Firme en el estudio, afectuoso en la casa, ocurrencioso y chispeante, constituía, según la abuela, «el tipo acabado del caballero joven». ¿Era censurable, acaso, que alguna que otra noche se le hiciese tarde en el café, a la salida del teatro, y volviese a casa a las tres de la mañana? ¿Qué podía tener de particular que tres o cuatro veces al mes se gastara cien pesetas en convidar a unos cuantos amigos a automóvil y champagne? Y por último, no iba a reprochársele el que se pasease de Pascuas a Ramos con alguna amiga. Todo esto era admisible. Y si Rogelio se

desvió en alguna ocasión más de lo justo, toda la familia le guardó el secreto... Para que no sufriera *mamá Sabel*...

Por eso, cuando Rogelio enfermó, como afortunadamente la abuela se encontraba en El Escorial preparando la casa para el veraneo, acordaron todos no decirselo, evitándole así una temporada de sobresaltos y tristezas.

Dadas la juventud y la robustez de Rogelio, se esperaba que «aquello» pasaría pronto, que no sería nada. Sin embargo, «aquello» era una de esas fie-

en plena esperanza, «herido a traición por Madrid, ciudad artera e insalubre» —como, entre sollozos, había dicho su padre, demasiado dolorido para guardar silencio ante la fatalidad implacable.

Implacable, porque no le bastaba con la muerte de Rogelio: quería también llevarse a *mamá Sabel*. «Porque —aseguraba don Santiago, y asentían su esposa y su hija tristemente— no es posible que *mamá* soporte este golpe. En cuanto no haya más remedio que decir-

su sabiduría. Pues bien; aquel vigor de su madre cedería en cuanto supiese la desgracia. Y si fuese sólo morir... La hora del tránsito no podía ser lejana para su madre; pero él habría dado su vida porque *mamá Sabel* se extinguiera dulcemente, como lo merecía. ¡Y se le iba a morir de pena, de dolor!

Esperanza, la hija que seguía a Rogelio, propuso, inspirada:

—¿Y si se lo ocultásemos a *mamá Sabel*? Podría decirse que Rogelio ha tenido que salir apresuradamente para el Extranjero. *Mamá Sabel* no lee periódicos; puede inventarse un Congreso de médicos del que ha tenido Rogelio que formar parte...

—Es verdad; pero ¿y las cartas? ¿Cómo explicar que no le escriba?—observó don Santiago, con desaliento.

—Precisamente... El canciller del Consulado de España en Berlín, Juan Velasco, era amigo del pobre Rogelio. Las cartas las escribiré yo, a máquina, imitando su estilo. También imitaré la firma. Se mandan a Berlín y de allí las remite Velasco. *Mamá Sabel* no notará nada.

—¿Y el luto? —preguntó doña Consuelo.

—¿El luto? Esperancita reflexionó un instante; sonrió, a pesar de sus lágrimas, y dijo:

—Mataremos a tu tía Aurora. Y para justificar un luto por una parienta que no se ocupa de ti desde hace tanto tiempo diremos que te dejó veinte o treinta mil pesetas. *Mamá Sabel* no va a exigirnos el testamento.

II

Así se hizo. *Mamá Sabel* se disgustó un poco porque su nieto se había marchado sin despedirse. Pero pronto la convencieron entre todos.

—Verás, *mamá Sabel*: a última hora no pudo ir uno de los médicos, y sólo con dos días de anticipación le avisaron a Rogelio... Figúrate, ¿cómo iba a negarse? Ese viaje le será muy conveniente en su carrera... Lleva un sueldo magnífico...

Y Esperancita forjaba las mentiras con tanta naturalidad y las encadenaba con una lógica tan perfecta, que sus padres la oían confusos de admiración. *Mamá Sabel* reconocía la utilidad del viaje.

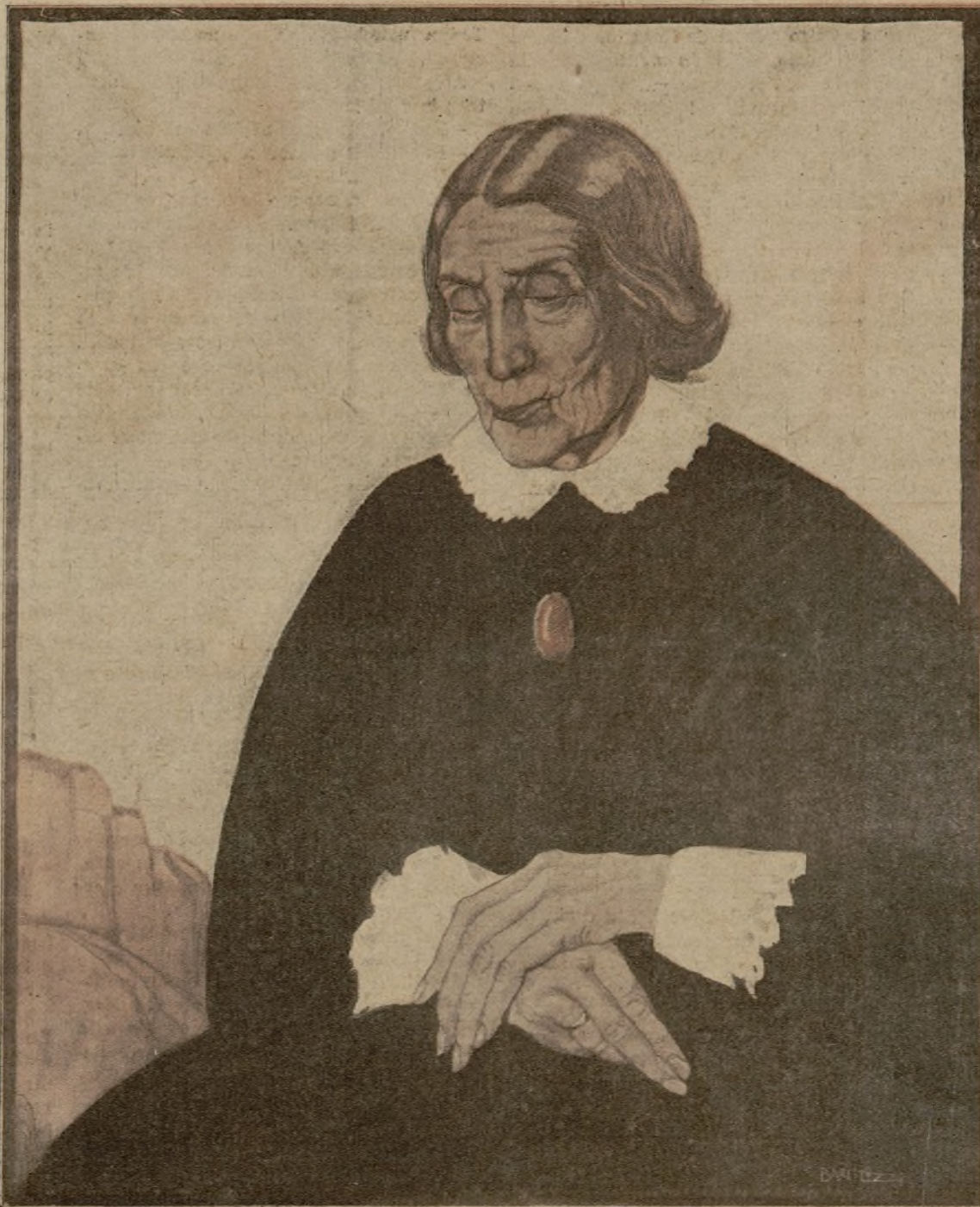
—Pero ¿durará mucho? —averiguaba.

—Lo menos seis meses —respondía la nieta.

—¡Dios mío! ¡Seis meses! ¿Para eso me empujé yo tanto en que estudiara Medicina? ¡Si lo llevo a saber!

—En todas las carreras pasa lo mismo, *mamá*—intervinó don Santiago—. Tienen que perfeccionarse. Para los médicos, el viaje a Alemania es casi obligatorio.

—Bueno, pues si a mí llegan a decirme que para ser un buen médico es necesario desterrarse, hubiese hecho a Rogelio abogado o *nada*..., ninguna carrera, que después de todo no le hacía falta.



bres endémicas de Madrid, que se ensañan con la juventud y a menudo la vencen. Los veinticinco años de Rogelio lucharon durante quince días. Inútilmente; la muerte lo arrastró. La pérdida del primogénito dejó a los esposos Tarrio sumidos en la angustia de lo irremediable. Además de ser el primero de sus hijos y de recordarles las mejores efusiones nupciales, consideraban a Rogelio «el más inteligente de todos». De otra parte, no estaban preparados para la desgracia por una de esas enfermedades que nos van aclimatando a la idea de la muerte de la persona amada. Rogelio desaparecía en plena juventud y

selo ya veréis lo que pasa. No quiero ni pensarlo...

Ignorante de todo, distraída y quizá dichosa, *mamá Sabel* continuaba dirigiendo los preparativos de la casa de El Escorial. Don Santiago creía verla en el jardín, erguida aún dentro de su bata, ayudándose con un cayado para subir las cuestas—esas cuestas de El Escorial que abundan hasta en los jardines—, inspeccionándolo todo con su mirada azul, poniendo en casi todo sus manos habilidosas, podando aquí un rosál, desviando allá una enredadera, injertando en el arriate de los claveles, prodigando, en suma, su experiencia y

—Al país le hacen falta hombres que sepan, mamá.

—Es cierto. Soy demasiado egoísta. ¡Pero pensar que pueda morir sin volver a verlo!

—¡Jesús, qué idea, mamá Sabell!

Y Esperancita, tras un esfuerzo, cambiaba de conversación.

—¿Viste las rosas que han abierto entre la baranda y la pared?

—¡No había de verlas! Una hermosura. Y el macizo de geranios de la entrada está divino. ¡Tenemos la suerte de tener tanta agua! Bueno, nuestra casa, aunque yo no la cambio por ninguna, no será la más bonita de El Escorial; pero jardín no lo hay mejor cuidado ni más lindo que el nuestro.

Doña Isabel se distraía sólo un momento hablando de sus flores. Fatalmente la conversación recaía sobre Rogelio.

—¿No sales hoy tampoco, Esperanza?

—No, mamá Sabell. Estamos tan lejos... A mamá me parece cruel obligarla a llevarme, con los chicos no puedo contar y no me gusta volver sola de noche por la carretera...

—¡Claro! No está Rogelio. El es más valiente que tú...

—Es verdad. Cuando está él todo me divierte y me parece fácil. ¡Oh, mira, ya se distinguen las luces de Madrid! Yo no sé por qué gustará tanto El Plantel, con el monte tan encima... A mí me agobia. Esta parte es tan ancha y tan distraída, sobre todo por la noche... Los faros de los automóviles parecen estrellas que se han caído y vienen hacia nosotros, y los trenes... ¡Los trenes son unos enormes gusanos de luz! Yo espero siempre el rápido de las once...

—Si nos trajera a Rogelio—suspiraba mamá Sabell.

III

Aquel invierno no quiso la abuela regresar a Madrid. Según decía, «ya no era necesaria». Esperanza llevaba el manejo de la casa, desplegando magníficas aptitudes, y los dos pequeños, Carlos y Emilio, «estaban hechos dos hombres». Además, la casa de la calle de Ferraz no le había sido nunca simpática. Después de todo, El Escorial era «un barrio de Madrid», y, en vez de dar otro paseo, podían venir a verla en el auto casi todas las tardes. Además, como los mismos kilómetros que la alejaban un poco de Madrid la acercaban también un poco de Alemania, cuando volviera Rogelio lo abrazaría dos horas antes.

Y allí, en la casa clara y confortable que se alzaba al final de la calle del Infante, quedó mamá Sabell esperando la vuelta de su nieto.

IV

Los seis meses fijados por Esperancita pasaron, y la abuela empezó a protestar en sus cartas a Rogelio. Cartas que leía don Santiago, llorando, y que contestaba Esperanza:

«Mi adorada mamá Sabell—decía «Rogelio»—: Figúrate si yo tendré deseos de veros a todos, a ti principalmente; pero se me ha presentado una ocasión que no debo despreciar. He sido admitido, como ayudante, en la clínica de uno de los cirujanos más famosos de aquí. Comprenderás lo que esto significa en mi carrera...»

Mamá Sabell se conformaba por una temporada. Después, volvía a entristecerse y a decir, a repetir:

—Me moriré sin verlo.

Cada una de sus cartas era una lamentación:

«¿De qué va a servirte aprender tanto, saber tanto, si tu mamá Sabell se ha de morir de pena? Ven, hijito; ven pronto, si quieres llegar a tiempo de abrazarme...»

Don Santiago sufría horriblemente.

Hacia ya un año que Rogelio «estaba en Alemania». La situación era cada vez más difícil. No había razones con que apaciguar a mamá Sabell, que ya no suplicaba: mandaba.

Entonces ocurrió algo novelesco. Una tarde, don Santiago, desde su sillón de la terraza del Casino, vió una cosa increíble. ¡En la primera mesa de Maxim's estaba Rogelio! Se frotó los ojos: debía de ser un espejismo de su mente, obsesionada por la memoria del difunto. Sin embargo, si no hubiese visto morir a Rogelio y no lo hubiese visto enterrar, habría pensado que era aquél. Comparó todas las facciones. Los mismos ojos, la misma nariz, fina y recta; el mismo corte de cara, el mismo matiz de color moreno; la boca, no obstante el bigote recortado—Rogelio no lo usaba—era también la misma. El desconocido se había quitado el sombrero y don Santiago pudo ver su pelo, del mismo color caoba oscuro que el de Rogelio, sólo que peinado hacia atrás. *In menti* le hizo la raya, le afeitó el bigote y... vió a su hijo. ¡Era maravilloso! ¿Sería también igual de estatura? Esperaba a comprobarlo con ansiedad, con angustia. Una idea extraña, fantástica y... realizable germinaba en su cerebro. El desconocido llamó al mozo, pagó y sonrió, al decir algo, ¡con la sonrisa de Rogelio! Se puso en pie. ¡La estatura de Rogelio! Don Santiago se levantó y echó a andar tras el desconocido. Una fuerza misteriosa le empujaba hacia el hombre que era la «réplica», el «doble», el «otro yo» de Rogelio. Y pensaba:

—¡Si quisiese «ser» Rogelio Tarrío para mamá Sabell! Imposible. No aceptará. ¿Cómo proponérselo? Es preciso que acepte... Es preciso... Es preciso...

Y continuaba siguiendo al joven de Maxim's... Habían llegado a las primeras casas del paseo de Recoletos. El *Social* de Rogelio entró en un portal. Don Santiago le abordó, tembloroso:

—Usted perdona, caballero...

Y absorto ante el parecido, que la proximidad del rostro confirmaba, se quedó mirándolo. Un ansia profunda de abrazarle, de gritar: «Rogelio» le impedía moverse le impedía hablar. No; no era su hijo. Pero ¿cómo decirle?

El joven, un poco extrañado al principio, pareció tranquilizarse, tras rápido examen de la fisonomía y la ropa de don Santiago. Sonrió cortés. Y con la voz de Rogelio:

—Usted dirá, caballero... Sin duda me toma usted por otro—profriró.

—Por otro, sí—pudo balbucir don Santiago—; por otro a quien...

—¿Me parezco?

—Sí, señor; por otro a quien se parece usted de tal modo, que se diría... Pero usted perdona... No tengo derecho a molestarle...

—Sí tiene... Es decir: no me molesta usted...

—Permítame entonces que me presente: Santiago Tarrío.

El joven le entregó su tarjeta: «Raimundo Alcázar. Ingeniero industrial. Paseo de Recoletos...»

—Estamos, como usted ve, a la puerta de mi domicilio. ¿Quiere usted subir? Me ha picado usted la curiosidad...

En el despacho del ingeniero, animado por su amable acogida, don Santiago habló:

—Señor Alcázar, el motivo de que le haya molestado a usted es éste: a quien se parece usted, increíblemente, es... a mi hijo Rogelio, que perdí hace un año.

Narró toda la historia, en detalle, observando el interés piadoso y la emoción con que era escuchada. Concluyó así:

—El parecido entre usted y mi hijo es tan exacto, tan... milagroso, que no pue-

do dominar una idea que usted encontrará extravagante, irrealizable, pero... ¿me comprende usted?

—Desde sus primeras explicaciones he comprendido. Usted quiere que yo pase por Rogelio a los ojos de su señora madre.

—Sí—confirmó don Santiago, palideciendo de ansiedad.

—¡Pues pasaré!—exclamó Alcázar.

—¿Cómo! ¿Consiente usted? ¿Es posible?

—¡No ha de ser posible!—respondió Alcázar—. Lo contrario sería desobedecer a la Providencia, porque es indudable que este parecido mío con su hijo de usted ha sido creado para lo que usted me propone, que es una obra de misericordia magnífica. Vamos a jugarle a la Muerte una broma de buena ley. ¿Tiene usted un retrato de su hijo?

Don Santiago, que se enjugaba unas lágrimas de gozo, abandonó el pañuelo para buscar la cartera.

—Sí, señor. Siempre llevo uno encima. Tenga usted. Es el último que le hicieron.

Alcázar tomó la fotografía. Y mientras la contemplaba:

—Bueno, pues me afeitaré el bigote...

—Puede usted habérselo dejado crecer en Alemania...

—No, señor, no; me lo afeito, me hago la raya y... el parecido será exacto. En realidad—agregó Alcázar—, es sorprendente, es misterioso que dos seres de familias extrañas puedan llegar a este grado de identidad. Porque no es sólo la cara. En todo somos idénticos, en todo...

Don Santiago veía moverse las pupilas de Alcázar recorriendo la imagen de Rogelio, estudiándola y confrontándola con la suya, móvil y brillante, en el espejo de la chimenea.

—Es increíble, increíble... —murmuraba.

Le devolvió la fotografía.

—¿Cuándo empezaremos?—preguntó tímidamente don Santiago. Yo no querría abusar... Es tan delicado...

—Por mi parte, en seguida. Estoy dispuesto a debutar en seguida; pero necesito conocer detalles de la vida de Rogelio. Tienen ustedes que contarme su historia... No puede salirse a representar este papel sin suficientes ensayos.

—Lo mejor será que usted venga a casa. Entre mi esposa, mi hija y yo le contaremos...

—Eso es. Mañana, esta noche, cuando usted me diga, me presento en su casa.

—Esta noche. Es usted un ángel, señor Alcázar...

—Soy un cristiano, sencillamente. Y, se lo repito, le tengo tanta rabia a la Fatalidad que, no sé, y Dios me perdone si pego de orgullo, pero me entusiasma la idea de sostenerle la mirada a la Parca y decirle: «¡Rogelio está vivo para mamá Sabell!»

V

Ocho días más tarde doña Isabel esperaba en la estación del Real Sitio el expreso de las once, «que le traía a su Rogelio desde Alemania». Decía Alemania como habría dicho el Canadá o el Japón... Su júbilo y su impaciencia hacían mirarse a don Santiago y su esposa a hurtadillas, con el temor, que les entraba a última hora, de ver descubierta su artificio en cuanto el falso Rogelio abrazara a mamá Sabell. ¿Quién sabe si sus ojos no conocerían detalles del alma de su nieto, sólo visibles para ella en su faz? Mientras duda tan sutil atravesaba el corazón de los padres, Esperanza parecía segura de la victoria y era quien impedía que las frases de mamá Sabell no se quedaran en un monólogo.

—Sólo faltan cinco minutos—decía, sacando del seno, por octava o novena vez,

el relojito de oro—. Con tal de que no traiga retraso... Y figúrate que ahora me arrepiento de haber dicho que pusieran los pollos con arroz, porque en Alemania creo que ponen confitura en todo... Además, se habrá acostumbrado a la cerveza, y la de aquí es tan floja...

—Pero mamá Sabell, precisamente Rogelio me escribe que quiere paella y vino de Valdepeñas a la llegada...

—¡Cuánto me alegro!... ¡Ay!, ¿no oyes el pito? Ya está aquí... Ya está aquí...

Entró, perforando el aire, lanzando chispas, el expreso, y Alcázar, con un magnífico guardapolvo y una gorra de viaje, estuvo de un salto en el andén. Mamá Sabell lo oprimió contra su pecho.

—¡Hijo de mi alma, creí que no volvías nunca!

—¡Pero, mamá Sabell, si no fué más que un año!...

—¡Di un siglo, un siglo para mí!... A ver si cambiaste...

Todos, hasta la propia Esperanza, tuvieron un momento de inquietud.

—No—dijo la abuela, después de contemplar a Raimundo Alcázar desde la gorra hasta los zapatos—; vienes como te fuiste, como yo quería que volvieras, sin que se te pegara nada de aquella gente...

Todos se echaron a reír. El prólogo de la comedia tenía un éxito extraordinario. Y también era extraordinaria la espontaneidad con que Alcázar abrazaba a mamá Sabell. La anciana le había inspirado desde el primer momento una simpatía muy grande. Sus ojos azules, empañados por la ternura, lejos de desconcertarle, le infundían valor. El primer acto de la comedia comenzaba admirablemente.

En pocos días se posesionó Raimundo de su papel, de modo tan maravilloso, que don Santiago y doña Consuelo creían ver y oír «realmente» a Rogelio.

Gran parte del verano tuvo que pasarle Alcázar en El Escorial. Las amistades estaban advertidas y también los proveedores de la casa. Todos los que tenían o pudiesen tener algún trato con mamá Sabell tomaron parte en la conjuración piadosa. Y mamá Sabell era feliz.

Cierto que notaba algún cambio en el carácter de su nieto; pero no le extrañaba. Era lógico que un año de vida «tan diferente a la española» le hubiese hecho variar. En lo que más advertía la mudanza era en el modo de tratar a la familia. A ella, con el cariño de siempre, con más ternura acaso, porque le dedicaba más horas que antes. A los hermanos pequeños parecía quererlos «el doble»: siempre estaba trayéndoles libros y regalos; pero con su madre y Esperancita «gastaba una de ceremonias». En cuanto aparecía una de ellas se levantaba de su asiento, no permitía que ninguna de las dos se molestase para nada estando él delante, y ya no llamaba a su hermana a gritos, desde la alcoba, para que le preparase una camisa o le llevara los periódicos a la cama.

—¡Qué fino te han vuelto los alemanes!—solía decirle.

—Es el país de la disciplina, mamá Sabell. El buen orden doméstico no autoriza a convertir a una hermana en sirvienta, y ningún alemán que se respeta lee los periódicos en la cama. Pero si usted prefiere...

Ella sonreía, aprobando, encantada de la locuacidad chispeante de su nieto.

—Has aprendido mucho.

Mientras tanto, Alcázar se acostumbraba a su doble vida. Aquello de tener dos personalidades y dos casas parecía cada vez más curioso, más entretendiente y más suavemente dramático. Era una situación que se prolongaba sin cansancio del público ni de los actores, y que dependía de la mayor o menor

perspicacia de mamá Sabel. Todos temían, en efecto, que por algún matiz fisiológico, ignorado de los demás, por algún recuerdo mutuo y exclusivo entre ella y Rogelio, llegara a descubrir la superchería.

Pero las semanas iban pasando, sin que la anciana hiciera otra cosa que extasiarse en la contemplación de su nieto, o sostener con él diálogos que solían repetirse como las canciones y que, según el color del tiempo o el lugar en que se entablaban, eran diferentes y significaban otra cosa con las mismas palabras.

A los dos meses de intimidad con los Tarrio, Alcázar se asombraba de «quererlos tanto». No carecía de interés el comprobar cuán fácilmente, en condiciones apropiadas, nacía el cariño hacia seres de sangre ajena, y cómo una familia postiza o adoptiva podía suplir —hasta con ventaja— a la natural. No era éste su caso. Estaba a bien con los suyos; pero los suyos eran «algo antiguos» en su corazón, en tanto que los Tarrio significaban «la novedad». También el corazón se cansa de querer. Hijos amantísimos huyen de su casa para renovar con la ausencia su caudal de ternura.

Durante todo el verano Raimundo Alcázar fingió grandes ocupaciones en la corte, para no pasar ni ocho días con su familia, que veraneaba en San Sebastián. Y pudo consagrarse casi exclusivamente a los Tarrio. Por un inefable antojo de su espíritu, las más de las veces no se creía Raimundo, sino Rogelio. Sobre todo, al lado de mamá Sabel. Era posible que el amor de la abuela por el nieto difunto operase el milagro de aquella sustitución. Lo cierto es que a su vuelta a Madrid, después de cada una de sus temporadas en El Escorial, tardaba en volver la cabeza si algún amigo le llamaba en la calle por su nombre:

—¡Raimundo!

Le sonaba extrañamente aquel Raimundo. El era Rogelio.

VI

Al llegar el otoño mamá Sabel quiso volver a Madrid. Su nieto consiguió disuadirla. Durante el verano había podido resolverse el problema; pero en Madrid, ¿cómo iba a vivir del todo en casa de los Tarrio?

—Mira, mamá Sabel, no vale la pena de que vengas a Madrid, porque yo no podré dedicarte mucho tiempo. Apenas paro en casa. Entre la clínica y la consulta... Ya sabes que he puesto la consulta fuera, porque donde nosotros vivimos es poco céntrico. Además, viste mucho en un médico joven tener independencia, dar la sensación de ganar dinero... Claro—agregaba con diplomacia—, que esto no impediría que vinieses a Madrid si yo creyera que el invierno en El Escorial te hace daño. Pero es precisamente al revés. El invierno en Madrid te obliga a recibir y hacer visitas y hasta a no desairar una invitación al teatro. Pues bien; yo, como médico de Tu Majestad, te digo: «esa agitación no te conviene.» A ti, a tus años, y dada tu nerviosidad, lo que te hace falta es una vida apacible, llena de comodidades, en tu hotel propio, sin más vecinos que el cielo, las montañas y el sol. Y a todos, no te creas, nos conviene que te quedes aquí. De ese modo tendremos la obligación de venir a verte y respiraremos, de paso, este aire puro, este aire que...

Y simulando una aspiración prolongada, concluía:

—Yo vendré todos los domingos, y entre semana siempre que pueda. Ya verás...

Mamá Sabel aceptó. Se había apegado a aquella casa, que en invierno iba a parecerle demasiado grande y silenciosa, sin duda... Pero Rogelio quería venir los domingos a respirar, «a limpiarse los pulmones de los miasmas de Madrid». Allí en la ladera del monte, tras la tapia y entre los cipreses que veía desde su balcón, «estaban» su marido y su hija. Y también esto la animaba a quedarse en El Escorial...

Raimundo cumplió su promesa. Todos los domingos venía a ver a mamá Sabel, y a veces algún otro día de la semana. A nadie le había contado su «aventura», temeroso de no ser comprendido, y su vida comenzaba a parecer misteriosa.

—Este tiene algo—se decían los amigos—, y por lo visto lo ha tomado en serio.

Y como un día le vieran en su automóvil con una morena «deliciosa»:

—¡Chico, no eres tú nadie escondiendo tus conquistas!—le dijeron en el Club.

Raimundo frunció las cejas; le molestaba el equívoco.

—Pero hombres, ¡si era mi hermana!

—Pero ¿tú tenías hermana?

—Sí, señores... ¡Ahora tengo una hermana!

Y se escurrió, dejándolos estupefactos.

Además de ir a ver a la abuela, iba casi todos los días a «su» casa de la calle de Ferraz. Allí todos le querían, por la «semejanza», por agradecimiento y por sí mismo. Los chicos se encantaban con sus explicaciones sobre mecánica. Don Santiago y doña Consuelo se abandonaban a la ilusión de que Rogelio no había muerto, y Esperancita le trataba con una confianza encantadora; en ocasiones, con más confianza que a su hermano, porque a Rogelio no podía decirle ciertas cosas: o no la atendía, o no la entendía. Raimundo la atendía y parecía entenderla. Dos seres que lleven la misma sangre no pueden nunca llegar a entenderse «del todo». Están demasiado próximos, se decía Esperanza.

El invierno pasó sin contratiempos. Mamá Sabel comprendía, al fin, las ventajas del viaje a Alemania, pues Rogelio comenzaba a ganar el dinero «a espuestas» y a convertirse en un médico eminente. ¿Por qué no le hablaba nunca de sus enfermos, ni de aquellas operaciones increíbles con que conseguía salvarlos, y hasta hacer jóvenes a los viejos y hermosos a la gente fea?

Rogelio se ponía a reír.

—No tanto, mamá Sabel. Te figuras unas cosas... ¿No sabes que los milagros de la ciencia son muy relativos?... A mí se me mueren enfermos como a cada quisque. Créeme, los mejores resultados no se obtienen con el suero H, ni con los rayos X, ni el sistema P. La mejor medicina es la del amor; la de un amor como el que permitía a Jesús, que fué un médico de primera, resucitar a Lázaro y a la hija de Jairo. Pero de ese amor ya no queda en el mundo.

—¡Si queda!—había murmurado Esperanza, testigo de aquel diálogo como de tantos otros—. «¡Si queda!»—había repetido, mirándolo profundamente.

Raimundo bajó los ojos con humildad y con rubor. La frase de Esperanza, siendo tan dulce, no le había parecido fraternal.

En el verano volvió la familia Tarrio a El Escorial, y durante él Raimundo ocupó varias veces «su habitación». Suya realmente. Se había familiarizado con sus muebles y sus objetos, como con «sus» hermanos y «sus» padres.

Esperancita había dejado sus vestidos

negros. Mamá Sabel no habría comprendido un luto tan prolongado por una tía a la que apenas trataron. Pero no reanudó su vida antigua en El Escorial. A mamá Sabel no le gustaba que anduviese sin «su» hermano, y «su» hermano había perdido la afición al baile y a las cabalgatas en burro. En cambio, ahora jugaba muy bien al «tennis» y había hecho un campo al fondo del jardín. ¡Ah, mamá Sabel notaba los cambios de su nieto! Se hacía cada vez más hombre, y en él la seriedad no era una cosa seca, adusta, sino como un propósito de no ser frívolo y de poner los placeres de la familia por encima de los demás. No era «Rogelio» un amigo de la calle, del café y de las diversiones más o menos lícitas que existían fuera. ¡Y qué bien se llevaba con su hermana! ¡Mejor que antes, mucho mejor que antes!...

A mediados de septiembre, cuando la tierra reseca empezó a sorber las primeras lluvias, cuando las nubes se paseaban más bajas que el monte, cuando se encendió la gran chimenea del comedor y hubo que tender alfombras sobre los mosaicos, mamá Sabel, que tenía ya noventa y un años, no pudo levantarse un día. Algunos más tarde cerró los ojos, llevándose en la retina la imagen de «Rogelio», que lloraba junto a la cama desconsoladamente.

Fué un tránsito dulce, como lo merecía la bondadosa dama. Se había conseguido triunfar de la gran egoísta, de la «Implacable». Rogelio no había muerto para mamá Sabel, ni mamá Sabel para Rogelio.

Raimundo la lloró con toda su alma. Le guardó luto y recibió los pésames. Había terminado, con el desenlace perseguido y previsto, la comedia. No obstante, todos la seguían, por costumbre, por ternura recíproca, por... no se sabía qué. Esperanza y Raimundo se miraban con melancólico asombro. ¡Habían dejado de ser hermanos!

En Madrid, Raimundo continuó yendo a «su» casa. Todos le estaban profundamente agradecidos, y más que nadie don Santiago. Gracias a aquel muchacho de tan buen corazón, había logrado que su madre terminase feliz sus días y que ignorase siempre la terrible desgracia.

—Yo no tendré nunca con qué pagarte, Raimundo. Esta casa sigue siendo tuya; tú entrarás aquí siempre como un hijo...

—Como un hijo...—repitió un día Raimundo.

Y después de dudar unos instantes, enrojeciéndose:

—Pa... don Santiago...—balbució—. Es una cosa... Va a parecerle a usted muy extraña, imposible...

Don Santiago no podía comprender. Raimundo prosiguió:

—Yo los quiero a ustedes tanto a todos que quisiera ser un hijo de verdad; quedarme en la casa... Yo adoraba a mamá Sabel... Aquellos ojos suyos me hicieron quererla desde que la vi... Esperanza tiene los ojos de mamá Sabel.

Se había puesto aún más rojo. Y don Santiago, que empezaba a comprender, palideció un poco.

—Por Dios, don Santiago... Si usted cree que no es posible, que les va a parecer a ustedes seguir viendo a Rogelio y no a Raimundo, yo me voy. Pero la quiero, conste que la quiero, y que yo me llamo Alcázar y puedo ser su marido...

—Legalmente, sí—respondió don Santiago—; pero ¿cómo quieres que nos acostumbremos? ¡El parecido es tan exacto, hijo mío!

—Yo podría dejar de venir una temporada; el tiempo de que me crezca el bigote, y la barba si es preciso... Peinado hacia atrás y vistiéndome a mi manera, ¿no le parece que yo volvería a ser yo?

—Sin duda, sí... Tú nunca has dejado de ser tú; porque sin eso no te habrías podido fijar en Esperanza.

—Yo le juro, don Santiago, que no supe que la quería hasta después de muerta mamá Sabel. Antes, la idea de quererla me habría parecido un crimen.

—Eres un caballero y además un ángel... Pero dime: ella, mi hija, ¿lo sabe?

—¡Naturalmente!

—¿Naturalmente? ¿Lo encuentra natural?

—¡Desde que ha dejado de ser mi hermana, sí!

—Entonces—concluyó don Santiago abrazando a Raimundo—, déjate el bigote... y la barba. Eso es...

Los dos estaban emocionadísimos. Juntos le habían ganado una batalla a la Muerte.

Pero no se atrevían con el Amor.

Alberto INSUA

Ilustración de BARTOLOZZI.

LIBROS RECIBIDOS

Una vida extraordinaria, por Eduardo Zamacois.—Zamacois, no sólo es un escritor infatigable y un novelista de alta estirpe y vigorosa personalidad, sino que se halla actualmente en la plenitud de su vasto talento. Así lo demuestran sus últimas novelas, producciones verdaderamente insuperables. Sus cualidades predominantes: la amenidad, el interés, la originalidad de sus fábulas, la hondura psicológica, el relieve de los personajes que crea, labrados todos en la propia cantera de la vida, la belleza de los fondos y la ternura y claridad del estilo, limpio, elegante y perfumado, se acusan como en ninguna otra de sus obras en esta última novela: *Una vida extraordinaria*. Una autobiografía, en realidad, cuya ética puede desconcertar y hasta repugnar en ocasiones; pero tan llena de bellezas y en tal grado interesante, que el lector, aunque no comulgue en la misma moral que preconiza el novelista, camina por las páginas de la novela como por senderos de maravilla: —los caminos todos del mundo—, viviendo una vida llena de aventuras, tan pronto dignas del más redomado pícaro de nuestros clásicos, como de un Casanova de nuestros tiempos, todo ello aderezado con una habilidad admirable de maestro consumado.

EDITORIAL «MUNDO LATINO»

Sagasta, 14. — MADRID — Apartado 502

Acaba de aparecer

TINIEBLAS EN LAS CUMBRES

novela por

Ramón Pérez de Ayala

Precio: 5 pesetas.

He aquí un libro conceptuado por el ilustre Pérez Galdós como verdadera joya de la literatura picaresca. En *Tinieblas en las cumbres*, una de las obras maestras de la novela contemporánea, se reúne la gracia y agudeza de los antiguos clásicos y los italianos del Renacimiento que dejaron libros tan famosos en este género, y el admirable castellano que a través de la trama descriptiva, Pérez de Ayala en ésta, como en todas sus obras, imprime.

En todas las librerías y en las estaciones del ferrocarril.

Concesionario de venta:

Librería y Editorial RIVADENEYRA

Avenida de Peñalver, 8 y 10

INDUSTRIALES Y COMERCIANTES

El Banco Español, el único en España industrial y mercantil, constituido a base cooperativa y promotor de empresas:

Compra en total o en participación toda clase de negocios para desarrollarlos a base de sus elementos financieros y de cooperativismo. Los que tengáis alguna propiedad o industria que queráis explotar más ampliamente o de la que queráis desprenderos, bien en su totalidad, bien en parte, dirigiros hoy mismo, sin dejarlo para mañana, al Banco Español.

Va a montar sucursales en todas las principales poblaciones de España, y necesita promotores y directores para las mismas. Los que os creáis con personalidad, aptitudes y relaciones bastantes para ponerlos a su frente, dirigiros en seguida al Banco Español, pidiéndole antecedentes.

Va a enviar en breve agentes vendedores a América con muestrarios españoles para organizar allí el intercambio con España y recabar pedidos. Los que queráis aquellos mercados o fomentar vuestras ventas, tanto en el interior de España como en aquellas Repúblicas, dirigiros inmediatamente al Banco Español.

La correspondencia al Secretario del Banco

Avenida del Conde de Peñalvér, 24 (Gran Vía)

y Caballero de Gracia, 23.—MADRID